

# Legendarium II

Cuentos de brujas, duendes  
y espíritus atormentados

ANTOLOGÍA COMPILADA POR  
JAVIER PELLICER Y RUBÉN SERRANO



**tombooktu.com**

[www.facebook.com/tombooktu](http://www.facebook.com/tombooktu)

[www.tombooktu.blogspot.com](http://www.tombooktu.blogspot.com)

[www.twitter.com/tombooktu](http://www.twitter.com/tombooktu)

#legendarium

**Colección:** Tombooktu Fantasía y Terror  
[www.fantasiayterror.tombooktu.com](http://www.fantasiayterror.tombooktu.com)  
[www.tombooktu.com](http://www.tombooktu.com)

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:  
[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

Si eres escritor contacta con Tombooktu:  
[www.facebook.com/editortombooktu](http://www.facebook.com/editortombooktu)

**Título:** Legendarium II

**Autores:** ©2012 Javier Cosnava, ©2012 María Delgado, ©2012 Juan Ángel  
Laguna Edroso, ©2012 Ana Morán, ©2012 Gervasio López, ©2012 Rubén Serrano

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**ISBN Papel:** 978-84-9967-391-2

**ISBN Digital:** 978-84-9967-392-9

**Fecha de publicación:** Julio 2012

Impreso en España

**Imprime:**

**Maquetación:** [produccioneditorial.com](http://produccioneditorial.com)

**Depósito legal:** M-24531-2012

# Índice

Prólogo .....	11
La magia más antigua.....	17
<i>Javier Cosnava</i>	
La fuente de San Benito.....	51
<i>María Delgado</i>	
Una noche, en Oroel.....	63
<i>Juan Ángel Laguna Edroso</i>	
El puente del beso.....	69
<i>Ana Morán</i>	
De anxeliños y cruceiros .....	83
<i>Gervasio López</i>	
Los amantes de piedra.....	95
<i>Rubén Serrano</i>	
Sobre los autores.....	103

## Una noche, en Oroel

Juan Ángel Laguna Edroso

Los ecos de San Juan se apagaban en la lejanía. La hora bruja se Lescurría entre sus dedos. Sobre sus cabezas, donde los pinos punzaban la noche con sus agujas ennegrecidas, la luna, ahíta, iluminaba el bosque. Jaca había quedado reducida a un espejismo en la lejanía, aparcado en ese rincón incómodo de la memoria a donde los adolescentes barren, a base de litronas, aquello que les molesta. Esa noche, Izarbe había despejado bien a fondo la suya. Acunada por la marihuana, miraba, ausente, la pincelada rubia de su nuevo amor de verano. Hans, ignorante de aquella devoción, fumaba entre risas apagadas, íntimas, con Valerie, otra de las estudiantes de la universidad de verano, otra aventurera de fin de semana con la cabeza repleta de sueños.

De fondo, ejerciendo de anacrónico bardo, Conan desgranaba la enésima disertación sobre los druidas y los vatos celtas. Quizás sus padres habían determinado su destino al bautizarlo en honor a sir Arthur Conan Doyle, quizás su ascendencia irlandesa, conjugada con su infancia en Bretaña, había avivado los rescoldos de una antigua tradición perdida. Lo único seguro, en aquella eterna noche de verano, era su voz y el brillo de sus ojos.

—Aquí también hubo celtas —dijo Izarbe, apenas un suspiro—, pero apenas quedan huellas. Algunos menhires, algunos términos relacionados con el agua. Se los llevó el tiempo...

—Nunca se van del todo. Sus espíritus impregnaban la tierra, su propia sangre la fertilizaba. Sus trazas siguen ahí para quien sabe mirar en el lugar adecuado. En las iglesias de montañas... ¿cómo las llamáis? Son antiguos lugares de culto a la naturaleza.

—Ermitas —sonrió Izarbe.

Un momento de calma mágica se posó sobre los cuatro, pero la muchacha no supo asirlo: no los había conducido, de noche, a la cresta de la Peña Oroel para contar historias de campamentos. Aquello era sólo un medio, un paso intermedio en el camino. Como el mochuelo, pensaba cobrarse una presa antes de que saliera el sol. Por eso, añadió:

—Hans, deberías hacer uno de tus reportajes sobre los menhires. Podría llevarte a ver algunos que son casi por completo desconocidos. Hay hasta un dolmen, no lejos de aquí. ¿Qué te parece?

No obtuvo respuesta: el joven alemán se había dejado cazar ya por otra ave nocturna, su cuerpo había dado a tierra y gemía herido de placer.

Al darse cuenta, Izarbe se puso en pie y se alejó del grupo. Diez pasos al interior del bosque y la oscuridad volvía a ser absoluta. Se sentó en una roca e intentó adivinar los despeñaderos entre los pinos. Un escalofrío recorrió su espinazo.

Alguien se acercaba, sigiloso, a su espalda. Sabía quién, pero no pudo evitar que se le cortara el aliento.

—Gracias —dijo Conan con su voz soñadora—. Es una noche perfecta.

—En realidad... —empezó a replicar ella, pero él la cortó con un susurro:

—No, no digas más —le dijo y, al mismo tiempo, le tendió su pipa.

Por un momento estuvo tentada de rechazar su ofrecimiento, de lanzar aquella estúpida pipa de falsa madera lo más lejos posible, para que sus motivos de hadas y duendes de tienda hippie terminasen sepultados por la auténtica magia de aquella naturaleza apenas domesticada. Sintió un deseo irrefrenable de hacerle pagar su descontento, su frustración.

En vez de eso, se llevó la pipa a los labios y, cuando él prendió el mechero, aspiró con fuerza. Las semillas de beleño crepitaban en su lengua y las brumas del sueño invadieron sus ojos. Al

reclinarse contra la roca se sintió levitar, como si una mano invisible, poderosa tirara de ella hacia el firmamento. Sonrió al sentir de nuevo la caricia de la luna, más allá del velo tejido por los pinos.

Tras una breve infinidad en las nubes, descendió en picado, como la lechuza que ha reparado en la furtiva musaraña, pero la musaraña era el mundo entero y apenas podía contenerla por completo. Se liberó de la envoltura de la camiseta, del cepo de sus botas, y corrió, libre por fin, con la piel lamida por la brisa, hacia el infinito que nos rodea. Gritó y saltó, giró y chilló, cantó como sólo cantan los niños: sin contención alguna, sin sentido, con toda el alma. Y volvió a correr, y a saltar, una y otra vez, hasta que la sangre anegó su cabeza y el corazón, en su pecho, suplicó por una tregua. Entonces, una voz la pescó con un anzuelo de hilo de plata.

—Ven —le dijo Conan tendiéndole una mano—, vayamos a por el resto.

La pareja abandonó el refugio de las sombras. La luna realzó la palidez argéntea de sus cuerpos desnudos. Eran dos druidas saliendo del bosque primigenio. Buscaban, sin saberlo, un sacrificio. Humano.

Hans y Valerie, también desnudos, se abrazaban en un lecho de ropas revueltas y mantas de cuadros. Izarbe se acercó a su lado y tomó una botella de vino. La alzó y bebió con fruición, curvándose bajo el influjo de la noche, sin preocuparse de que el tinto regase sus senos palpitantes. Pasó la bebida a Hans y este, tras beber a su vez, se la brindó a la francesa. La quietud era tal que las palabras se convertían en sortilegios. Se hizo necesario elegir las con cuidado, medir su magia. Pero no supieron hacerlo.

—Levántate y ven conmigo —conminó Izarbe a su deseo de cabellos rubios. Sus dedos se desplegaron frente a su rostro barbado como una frágil flor de primavera.

—No —dijo él, y el hechizo se rompió en mil pedazos.

Su mano aferró los dedos fríos de la muchacha y, sin pretenderlo, los convirtió en polvo. Se desperdigaron al viento como pétalos descuartizados. Izarbe intentó alejarse de él, tiró de su propio brazo mutilado, y este se desprendió como un mal sueño.

Malherida, se tambaleó hacia el bosque. Algo en sus entrañas la impelía a buscar refugio bajo sus ramas, entre los cojines de

monja y las grandes rocas antediluvianas. Pero era una marioneta rota, un títere descordado. Sus miembros se resistían a avanzar, sus pasos erraban el rumbo, una y otra vez. Trastabilló. Alguien tiró de su melena. Y, antes de alzar el vuelo una última vez, supo que había perdido la cabeza.

—¡Izarbe! —la reclamó una voz de trueno—. ¡Vuelve aquí! —exigió el sacrificio.

Atravesó la maraña de espinas, agujas y sombras y reptó por el barro como un reptil. Se afanó en su huida con todo su aliento y toda su desesperación hasta que las voces se acallaron y dejó de oírse respiración alguna en el bosque. Podía sentirlos tras sus pasos, pero no la encontrarían, oh, Dios mío, no iban a encontrarla.

—No temas —resonó una voz, dulce y fría como un arroyo en el deshielo—. Aquí no podrán encontrarte.

Izarbe sintió cómo unas lágrimas resbalaban por su rostro. Frente a ella, en aquella grieta salpicada de raíces y tierra húmeda como de sepulcro, una muchacha, apenas menor que ella pero infinitamente más anciana, la contemplaba con cariño y conmiseración. Pero aquel gesto perdía toda su dulzura y se tornaba amargo porque había algo que no encajaba por completo: su cuello, por apenas unos milímetros, con su cabeza.

—¿M... me protegerás? —le suplicó entre gemidos, rendida ante su esencia sobrenatural, tan helada de miedo que tan sólo sentía el temor de la muerte.

La aparecida sonrió con macabra ternura.

—No tienes nada que temer, mi niña —la consoló como consuelan quienes no transitan el mundo de los hombres—. Ningún mal puede alcanzarte ahora, puesto que ya estás muerta.

—¿Muerta? —tembló.

—¿Cómo, si no, podríamos habernos encontrado?

A la mañana siguiente, cuatro jóvenes amanecieron bajo el tímido sol de un junio de tormenta. Abrieron los ojos entre las brumas de un ritual druídico, emergieron de un océano de alocados anhelos regados de alcohol y humo, exhaustos de vida y de muerte. Luego los cerraron. Respiraron profundo, una última vez, y se convirtieron en cenizas agostadas por el hastío y la incertidumbre.

SANTA OROSIA es la patrona de la Jacetania y también es considerada la patrona de los endemoniados o espiritizados, gentes que se consideraban poseídas por demonios (actualmente se piensa que se trataba, más bien, de enfermedades y afecciones mentales) que en tiempos iban en procesión a las ermitas dedicadas a la santa a buscar alivio para sus dolencias, una suerte de exorcismo procesional.

La iconografía de Santa Orosia es particularmente macabra, pues, según reza la leyenda, fue decapitada por los moros cuando vino desde su principado de Bohemia a desposarse con un noble visigodo. Algunas versiones hablan de descuartizamiento, de cómo sus restos fueron esparcidos por la Peña Oroel y encontrados, tiempo después, por un pastor que fue guiado por la propia santa. La tradición recoge otras muchas apariciones e intercesiones de esta.